

“Entre el deseo y la nostalgia: *El tiempo alguna vez*, de Carmen Villoro”

Dulce Ma. Zúñiga

El volumen, editado por el FCE y la Universidad de Guadalajara, está compuesto por cuatro poemarios que abarcan más de diez años de trabajo de Carmen Villoro en la poesía.

De un poemario a otro se notan variaciones en los temas, en la factura poética y en las preocupaciones tanto existenciales como literarias de su autora, aunque se mantiene, por supuesto, un tono, un ritmo, inherentes al arte poético que practica.

Indudablemente, la poeta tiene con el mundo una relación de privilegio, de la que la experiencia poética es la revelación. Esa relación permite expresar como cercanos y conexos, elementos que son considerados (en el mundo de la razón) aislados y ajenos. La tendencia metafórica es algo inherente al ser humano, no una actitud privativa del poeta: en cierto modo, el lenguaje íntegro es metafórico, y refrenda la tendencia humana a la concepción analógica del mundo y el ingreso de las analogías en las formas del lenguaje. La poesía hace de la imagen su eje estructural, su instrumento poético por excelencia. Por medio de imágenes y metáforas, Carmen Villoro expresa su ser, sus angustias personales, su percepción del mundo y su ansia de comunión con lo exterior para participar de ello, para ser *eso y aquello*. La poeta, “pasajera de la irrealidad”, ordena su universo de acuerdo con su propio ritmo interior.

El libro inicial, *Que no se vaya el viento*, de 1990, está conformado por 31 poemas. Los primeros remiten al lector a un mundo lejano y remoto, cuya topografía y cronología se encuentran de algún modo en la poesía clásica originaria.

El primer poema, “La mujer del guerrero” evoca un tiempo inmemorial, nos sitúa en el discurso del reencuentro, del deseo y la entrega, pero también de la pérdida inminente. Es un texto que introduce a la perfección en el mundo de Carmen Villoro, se puede considerar como un ejemplo de la poética de la autora que se seguirá revelando en poemas posteriores, aunque desde luego, en distintas formas y sujetos.

La voz poética describe el instante del encuentro de la mujer con su amante guerrero y el deseo imposible de detener el tiempo para evitar la partida del viajero:

La mujer del guerrero
voltea el reloj de arena,
teje telares finos de lunar a lunar
sobre la superficie de su cuerpo;
al alba espera su regreso
porque sabe que el universo, el mar, el viento
son solamente espacios en su lecho,
fragmentos de piel bajo sus labios.

La figura de la tejedora que atiende el regreso del guerrero remite sin duda a la Penélope del poema griego, pero es también imagen de cualquier mujer sin importar la situación temporal, porque ésa es una de las principales virtudes de la poesía: la intemporalidad. Este es un poema sobre el amor, pero un amor conciente de que toda relación amorosa es también un viaje y una aventura: el instante de la posesión contiene el germen del distanciamiento:

Hoy ha vuelto el guerrero
ha dejado las armas en custodia
y la nave se mece contra el muelle,
y saber que permanece
sólo mientras el barco está encallado,
llena de sal su boca.

El segundo poema “Ulises cotidiano” aborda igualmente el tema de regreso del viajero a su lugar, para encontrarse con la mujer que le espera, aunque la voz es diferente: es ella quien le habla al marino, ella quien toma la palabra y narra el instante de la esperada unión. Algo similar sucede en el poema “Paisaje marino”, donde la voz poética es femenina y describe el furor de los cuerpos en amorosa pasión, recurriendo a figuras de la retórica del mar.

Se puede apreciar de qué manera la poeta trata el eterno asunto del encantamiento amoroso y la idea de pertenencia con el otro, el objeto de su deseo se manifiesta en diversos niveles: el amor en un sentido muy amplio: por la existencia, por la belleza, por la poesía. Hay también el amor definido por evocaciones físicas, corporales: amor y erotismo. Amor entendido como la sed del otro, el complementario, el que es llamado a llenar un vacío.

Pero no todos los poemas de este volumen hablan de amor, aunque podría decir que todos son amorosos a su manera, así se hable de la infancia, de los recuerdos de una ciudad perdida, de una casa deshabitada, de las canicas o del profundo dolor causado o recibido, se hace de verdad, con convencimiento, como sólo la poesía puede ser verdadera.

En el segundo libro que compone el volumen, titulado *Delfín desde el principio*, de 1993, encontramos poemas muy diversos: la luz contrasta con la sombra, las canicas relucen en su rotundidad, la escoba gallo-surrealista saca del sueño a quien duerme, el carrusel aparece incansable, la ciudad peligrosa se extiende a orillas del mar, una chancla de hule propicia vertiginosos recuerdos, y se nos anuncian los motivos del mar... El tono de este tercer libro oscila entre lo nostálgico y lo grave, va de cierta alegría a la desazón, y concluye con el poema “Somalia”, que evoca la aridez y carencia de “una fotografía en un diario / de allá donde ni el viento”.

El tercer apartado, *Herida luz*, 1995, es un poema dividido en 20 partes donde se aborda el tema del dolor, el sufrimiento físico:

Yo le doy de comer mi corazón a la muerte
a ver si con eso nos deja en paz un rato,
a ver si podemos arrullarnos
con la música frágil de tu sueño,
como en la mecedora de la casa,
o en el vientre,
o en el mar con tu risa.

Es un poema sostenido, unitario, con una sola voz que se dirige a la niña que se debate en la línea precaria que separa la vida de la muerte. En cursivas, aparece otra voz, otro poema, de tema y tono similares, pero interpelando a la propia muerte. Es un texto muy intenso, de alto lirismo.

*(Ya no me miedes, muerte, no me miedes,
no me llenes de dientes la garganta*

No me dejes tu espada entre las uñas de mi voz:

yo te suplico a ti: No me devastes)

La cuarta parte la conforman 15 poemas que se publicaron en 2001 con el título abarca *Marcador final*. El poema inicial, “Ángeles”, llamó mi atención por su asunto, se hace un símil entre los albañiles en la obra y los emisarios de dios: se describen como “ángeles de piedra, tallas de polvo, gárgolas cuya sangre pone en movimiento las fachadas y vuelve los deseos góticos y posibles”

Es interesante ver cómo la mirada de Carmen Villoro se concentra a veces en su interior mismo (en su experiencia) y otras en el exterior, con un predominio por los temas amorosos y una extraordinaria, insistente, presencia del mar, el mar como metáfora de la vida.

He titulado esta breve y modestísima presentación “Entre el deseo y la nostalgia” porque encontré a lo largo de las 124 páginas, una oscilación entre esos dos polos: la búsqueda del objeto-sujeto deseado y el recuerdo del mismo una vez que se ha ido, pero sin amargura. La de Carmen Villoro es una poesía diáfana, sin remiendos, agradable.